

25 años sin Jorge Luis Borges

Por Nicolás Fabelo

"Mi mayor pecado es no haber sido feliz", confesaba con un asomo de amargura Jorge Luis Borges. Le pesaba sobre todo haber defraudado con ello a su querida madre. Su infelicidad no era una falta cualquiera: se trataba para él del "peor de los pecados que un hombre puede cometer".

El genial escritor argentino vino al mundo el 24 de agosto de 1899 en la calle Tucumán de Buenos Aires, hijo de un abogado y profesor de psicología de madre inglesa ([Jorge Guillermo Borges](#) Haslam) y de una mujer de ascendencia uruguaya ([Leonor Acevedo](#) Suárez). Por sus venas corría sangre española, portuguesa, inglesa y acaso hebrea. "¿Quién no jugó a los antepasados alguna vez, a las prehistorias de su carne y su sangre? Yo lo hago muchas veces, y muchas no me disgusta pensarme judío", se lee en su poema Yo judío.

El joven Jorge Luis residió en el arrabal bonaerense de Palermo hasta la marcha de su familia en 1914 a Ginebra (Suiza), donde su padre buscaba tratamiento para una ceguera progresiva que había forzado su retiro. Hasta los once años no fue a la escuela: recibió instrucción bilingüe en español e inglés en su propia casa, a manos de una institutriz inglesa y de su abuela paterna. Era un niño enfermizo y frágil, amante de la soledad.

La biblioteca de su infancia

La influencia de su padre, ateo y escritor frustrado, fue decisiva para él. No menor que la de su madre, católica creyente, que se convertiría en los ojos de sus lecturas cuando comenzó a afectarle la ceguera heredada de su progenitor. La enorme biblioteca de su casa, con miles de volúmenes -sobre todo en inglés-, alentó su temprana afición a los libros. El propio escritor la consideraba el "acontecimiento capital" de su vida. Los recuerdos de esa biblioteca lo acompañarían siempre: "Nunca he salido de ella". A los diez años hizo una traducción de *El príncipe feliz* de Wilde, que publicó en un diario bonaerense. Dos años después ya leía a William Shakespeare en inglés.

"Mi infancia son recuerdos de Las mil y una noches, de El Quijote, de los cuentos de Wells, de la Biblia inglesa, de Kipling, de Stevenson..."

En sus siete años de estancia en Europa, Borges aprendería francés y alemán. Ya de mayor se aplicaría al descubrimiento del anglosajón (inglés antiguo) y del islandés: en este segundo caso, para poder leer las sagas nórdicas sin necesidad de traducción. Acabada la Primera Guerra Mundial residió con su familia sucesivamente en Lugano (Suiza), Barcelona, Mallorca, Sevilla y Madrid, antes de retornar en 1921 a Buenos Aires. En Suiza descubrió el expresionismo pictórico alemán, mientras que en España trabó contacto con los poetas [ultraístas](#) y se acercó a los textos del chileno Vicente Huidobro.

GRUPO A



Tertulias Literarias

Descubre Buenos Aires

Fue tras su regreso a Argentina cuando comenzó a conocer de verdad su ciudad natal, a patear sus calles y sumergirse en la cultura local. Publicó sus primeros poemas y ensayos en revistas literarias. En 1923 vio la luz *Fervor de Buenos Aires*, su primera colección de poesía, a la que siguieron en 1925 *Luna de enfrente e Inquisiciones* y en 1930 el ensayo *Evaristo Carriego*. Su inicial ultraísmo había dado paso a un costumbrismo 'argentinstista', un retrato épico de arrabaleros porteños que pueblan un mundo de burdeles, cafetines y muelles salpicado de peleas a cuchillo y de milongas. Borges sentía fascinación por la violencia de esos matones de extrarradio, tan lejana a su realidad inmediata. Admiraba también a los soldados (algunos de sus antepasados lo fueron), por su condición de hombres de acción: "El ejercicio de las armas es algo hermoso".

Sus colaboraciones con la revista *Sur*, fundada en 1931 por Victoria Ocampo, contribuyeron a forjar su fama en el mundillo literario de la capital. Fue ella quien le presentó a [Adolfo Bioy Casares](#), también colaborador de la revista, quien se convertiría en uno de sus mejores amigos y con el que redactaría conjuntamente obras como *Seis problemas para Don Isidro Parodi* (1942) y la feroz sátira *Crónicas de Bustos Domecq* (1967). En la década de 1930 se adentró en la narrativa fantástica y en el cultivo de una poesía metafísica, profunda y sobria, fruto de su obsesión por los mapas, los laberintos, los espejos, el álgebra, los arquetipos, el tiempo, el infinito, los signos misteriosos...



En 1935 publicó *Historia universal de la infamia*, a la que siguieron algunas de sus cumbres narrativas: *Ficciones* (1944) -fruto de la fusión de *El jardín de senderos que se bifurcan* (1941) con otros cuentos-, *El Aleph* (1949) y *La muerte y la brújula* (1951). En 1938 murió su padre, tras una larga agonía. Para ganarse la vida, empezó a trabajar de auxiliar en la biblioteca municipal de un barrio de Buenos Aires. Al poco tiempo sufrió un fuerte golpe en la cabeza que, tras una grave complicación (una septicemia), lo tuvo unos días al borde de la muerte.

En 1946, el general [Juan Domingo Perón](#) llegó a la presidencia de su país. Borges no tardó en hacerle objeto de sus afiladas críticas. El régimen del carismático líder justicialista detuvo a su madre y a su hermana, y a él lo rebajó al surrealista puesto de inspector de aves y conejos en un mercado público. En 1955, tras la caída de Perón, fue desagraviado con su nombramiento como director de la Biblioteca Nacional. Ese mismo año ingresó en la Academia Argentina de Letras.

Anarquista spenceriano, agnóstico y escéptico

Jorge Luis Borges se resiste a toda clasificación ideológica convencional. Él mismo aseguraba: "Ciertamente no soy nacionalista, no soy peronista, no soy comunista, soy un modesto anarquista a la manera spenceriana". Creía en el individuo pero no en el Estado. Detestaba el populismo, el aborregamiento de las masas enfervorizadas por líderes mesiánicos. Por eso se opuso a Perón. Con la fina y aguda ironía que le caracterizaba, llegó a considerar a la democracia como un "abuso de la estadística".

Su antiperonismo le hizo tomar partido inicialmente por los Gobiernos militares que sacudieron su país a mediados de la década de 1970, lo que le granjeó muchas críticas. Pero no tardó en desengañarse de la dictadura y en denunciar las terribles atrocidades cometidas a su amparo. Se mostró contrario a la guerra de las Malvinas (1982), y no dudó en apoyar al primer Gobierno de la restauración democrática, presidido por Raúl Alfonsín: "Es por lo menos un Gobierno de caballeros y de personas decentes".

"Sólo del otro lado del ocaso verás los arquetipos y esplendores"

Agnóstico y escéptico -un "escepticismo curioso", matizaba él mismo-, se interesó mucho por la filosofía y la religión: en sus textos abundan las alusiones al budismo -al que llegó a través de su admirado Schopenhauer- y la Cábala judía.

GRUPO A



Tertulias Literarias

Abrazaba una concepción del mundo próxima al panteísmo de Spinoza, otro de sus filósofos favoritos. Su agnosticismo queda perfectamente expuesto en estas palabras: "Nadie sabe de qué mañana el mármol es la llave". En sus cuentos y poemas resuenan también cuestiones de las matemáticas, la física moderna o la cosmología, como las geometrías no euclidianas, la relatividad especial, el multiverso...

Un mundo que se apaga poco a poco

La ceguera heredada de su padre lo obligó a dejar de leer en 1955. Terminaría por perder completamente la vista, por no saber quién estaba al otro lado del espejo, "qué horrible anciano está mirando al otro lado". En su *Elogio de la sombra* (1969) se lee: "Esta penumbra es lenta y no duele (...) se parece a la eternidad. Mis amigos no tienen cara. Las mujeres son lo que fueron hace ya tantos años (...) Todo esto debería atemorizarme, pero es una dulzura, un regreso (...) Pronto sabré quién soy". Pasó a relacionarse con los libros a través de las lecturas orales de otras personas, principalmente su madre.

De los años 60 destacan también sus obras *El hacedor* (1960) y *El otro, el mismo* (1964). Ya en sus últimos lustros de vida pueden señalarse los cuentos *El informe de Brodie* (1970) y *El libro de arena* (1975), los ensayos *Siete noches* (1980) y *Nueve ensayos dantescos* (1982), y los poemarios *El oro de los tigres* (1972), *Historia de la noche* (1977), *La cifra* (1981) y *Los conjurados* (1985).

María Kodama, compañera de sus últimos años



Muy celoso de su intimidad, la vida sexual de Borges es una incógnita. En su obra apenas hay una línea erótica. No se le conoce relación alguna con mujeres hasta su boda en 1967 con una viuda once años más joven que él, [Elsa Astete](#), de la que se separó tres años después. Posteriormente conoció a [María Kodama](#) (los unió su interés por la lengua islandesa), secretaria personal suya desde 1975 -año de la muerte de su madre, casi centenaria- y con la que se casó por poderes dos meses antes de morir.

Cada vez que se le preguntaba por su vida sentimental, declinaba responder con una amabilidad azorada, exhibiendo un pudor conmovedor. "Las mujeres me han hecho desdichado": puede que esta frase apunte a la posible razón profunda de su infelicidad. Lo cierto es que se enamoró de algunas -fue notorio su amor por [Estela Canto](#), a quien dedicó *El Aleph*- y no fue correspondido. En su poema *Lo perdido dejó escrito*: "¿Dónde estará mi vida, la que pudo haber sido y no fue...? (...) Pienso también en esa compañera que me esperaba, y que tal vez me espera".

Borges falleció en Ginebra el 14 de junio de 1986, privado por sus posicionamientos políticos de un Premio Nobel al que se había hecho merecedor con creces ([el Cervantes sí se le concedió, en 1980](#)). Salía del extraño laberinto de la existencia en su admirada Suiza, muy lejos de su país natal, quizá para llegar finalmente a saber quién era. "Cualquier forma de inmortalidad sería un infierno. Una de las mayores virtudes de la vida", proclamaba, "es que todo es efímero". "No me gusta lo que he escrito", reconocía en una de sus entrevistas a TVE. "Quizá algunos cuentos, quizá algunos poemas, quizá alguna línea". Aunque, eso sí, se daba por satisfecho con acaso haber contribuido al menos con una sola "línea necesaria".



Crepúsculo de un cuentista cortés

Por Jorge Fernández Díaz, escritor y periodista (El País, 13 agosto 2011)

Jorge Luis Borges siguió el magisterio de su amigo Adolfo Bioy Casares y evolucionó a lo largo de los años a un estilo llano y esencial. Sencillez, originalidad y hondura se cruzan en los cuentos de *El informe de Brodie* y de *El libro de arena*.

De los muchos Borges que se pueden rescatar no elegiré el ensayista, el poeta, el narrador filosófico, el reescribidor, el crítico, el profeta ni el parodista. Elegiré el Borges que Adolfo Bioy Casares fue construyendo silenciosamente a lo largo de años de persuasión y contagiosa labor en común. Bioy empezó siendo el discípulo del autor de *Ficciones* para luego ir convirtiéndose lentamente en su maestro, según el propio Borges confesó en los años finales, cuando influido por su gran amigo buscó un estilo más llano y esencial, con una economía de vocabulario que intentaba dejar atrás el barroquismo de sus primeras prosas. La sencillez, la originalidad y la hondura -cualidades tan difíciles de engarzar con duende y con éxito- se cruzan en dos libros de cuentos inolvidables pero poco reconocidos: *El informe de Brodie* y *El libro de arena*.



En el prólogo del primero alude a los últimos relatos de Kipling, que le parecen no menos laberínticos ni angustiosos que los de Kafka. "No pocos son lacónicas obras maestras", dice Borges. "Alguna vez pensé que lo que ha concebido y ejecutado un muchacho genial puede ser imitado sin inmodestia por un hombre en los lindes de la vejez, que conoce el oficio". Intentaba Borges la redacción de "cuentos directos", y lo anunciaba con todas las letras.

Algunas de las piezas de esa colección están dedicadas al culto del coraje y son protagonizadas por cuchilleros, aquellos esgrimistas criollos de puñal y chambergo que el autor de Pierre Menard mitificó con sus duelos, destinos y penumbras. El mejor de todos ellos quizás sea *El encuentro*, que abre con un párrafo notable: "Quien recorre los diarios cada mañana lo hace para el olvido o para el diálogo casual de esa tarde, y así no es raro que ya nadie recuerde, o recuerde como en un sueño, el caso entonces discutido y famoso de Maneco Uriarte y de Duncan". Un Borges en una niñez imaginaria asiste a un asado campero junto al río color de león, y presencia un extraño e inesperado duelo a cuchillo entre dos hombres pacíficos. La resolución de ese acontecimiento vívido es indudablemente fantástica, aunque Borges la revele como si se tratara de un ingenioso enigma policial.

Convive con ese cuento otro muy especial: *El Evangelio según Marcos*, que transcurre en una estancia de La Pampa, y que protagoniza un joven librepensador que por aburrimiento les lee la Biblia a un capataz analfabeto y a su callada familia. Al joven le espera, en la última línea, su propia crucifixión. Pero ese desenlace no es sino el final de un texto que reflexiona acerca de la escritura, de la comprensión de las alegorías y de los malentendidos de la fe.

El informe de Brodie resulta un homenaje explícito a Conrad, y tiene ecos de Roger Casement, ahora héroe trágico de *El sueño del Celta*. El informe en cuestión condensa una originalísima civilización selvática, arcaica y perdida. En rigor de verdad muchos cuentos cortos de Borges suelen ser sinopsis de novelas. Ciego e impedido de escribir el gran género de la literatura moderna, el autor de *El Aleph* se dedicó a repudiarlo luego de haberlo leído con fruición.

En el comienzo de *El duelo* ofrece precisamente una explicación ingeniosa acerca de su procedimiento literario y, sobre todo, alrededor de su imposibilidad de escribir textos de largo aliento. "Henry James quizás no hubiera desdeñado la historia", dice sobre el breve cuento que se dispone a escribir. "James le hubiera consagrado más de cien páginas de ironía y ternura, exornadas de diálogos complejos y escrupulosamente ambiguos. No es improbable su adición de algún rasgo melodramático". A continuación, Borges confiesa que "lo esencial no habría sido modificado" si James lo hubiera escrito. Pero también que él ahora se limitaría "a un resumen del caso, ya que su lenta evolución y su ámbito mundano son ajenos a mis hábitos literarios".

GRUPO A



Tertulias Literarias

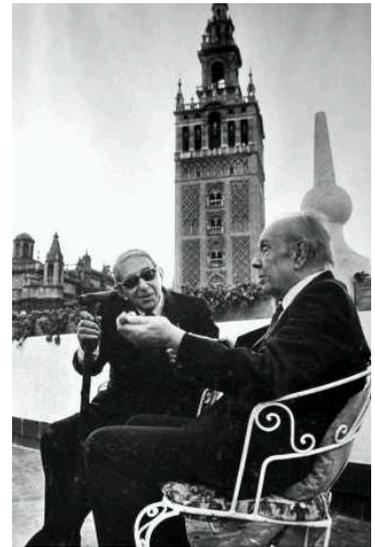
Un resumen del caso le permite despachar a su vez la novela que lo desveló a lo largo de décadas y que se llama *El Congreso*. Está en *El libro de arena* y Borges fracasó al llevarla a cabo, de manera que se contentó con redactar en su ancianidad la trama en pocos folios, como un guionista que escribe el tratamiento del guión sin atreverse a desarrollarlo. Ese, por su carácter autobiográfico, era el relato que más gustaba a aquel Borges crepuscular que había decidido ser cortés con el lector, aunque nunca condescendiente, siguiendo la máxima de Wells: "La conjunción de un estilo llano, a veces casi oral, y de un argumento imposible".

Hay en *El Congreso*, como en *Ulrica*, el único cuento que Borges escribió deliberadamente sobre el tema del amor, un romance, un desencuentro, una pérdida. Dialogan ambos con un clásico anterior, que según una reciente encuesta mundial contiene uno de los grandes comienzos de la historia universal de la literatura. Así comienza *El Aleph*: "La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita".

Borges llevó una vida amorosa sufrida durante muchísimos años, y esa desdicha está presente en su poesía, aunque se filtra sólo ocasionalmente en su prosa. Bioy también le enseñó que cualquier buena historia es al fin una historia de amor.

Con ese mismo estilo cortés que se proponía en el ocaso escribió *El libro de arena*, que es corto y magistral, y reescribió a Lovecraft en *There are more things* sabiendo que éste era un mero copista de Poe.

Pero donde la simpleza y la complejidad alcanzan un vínculo más fértil es en dos narraciones que forman anverso y reverso de una misma moneda. La primera se llama *El otro*, y explota el antiguo tema del doble, aunque lo hace de un modo personalísimo: Borges viejo se encuentra con un Borges joven a orillas de un río que puede ser el Charles o el Ródano, y entablan una conversación imposible. El joven está leyendo a Dostoievski y escribiendo versos que exaltan la revolución marxista; al viejo le interesa mucho más Conrad y es un escéptico conservador.



Después, en *Utopía de un hombre que está cansado*, un álgido ego de Borges se pierde en la llanura y al entrar en una casa lejana descubre que está entrando en el futuro. Lo espera un hombre que le habla en latín y que le explica los muchos cambios que se han producido varios siglos adelante en la Tierra: "Ya a nadie le importan los hechos. Son meros puntos de partida para la invención y el razonamiento. En las escuelas nos enseñan la duda y el arte del olvido". No hay en ese remoto porvenir historia, cronologías, nombres, dinero, ciudades, políticos, Gobiernos. Y subsisten muy pocos libros, puesto que no importa leer sino releer: "La imprenta", le explican, "ahora abolida, ha sido uno de los peores males del hombre, ya que tendió a multiplicar hasta el vértigo textos innecesarios".

Un futuro utópico a la medida de un hombre que se preparaba para la muerte. Pero que en el otoño de su vida decidió, como propugnaba Nietzsche, hacer más cristalina el agua para mostrar que era más profundo el pozo.

Un prólogo para "El libro de arena"

En su prólogo a *El informe de Brodie*, Jorge Luis Borges finaliza con una singular plegaria: "Dios te libre, lector, de prólogos largos". Esto, si bien no es coherente con el conocido escepticismo religioso del autor, sí lo es con la brevedad y precisión con que presenta sus cuentos en los abrebocas de sus volúmenes. En el caso concreto de *El libro de arena*, Borges rehúsa —como lo hace en *El Aleph*— a la elaboración de un prólogo, so pretexto de que "Prologar cuentos aún no leídos es tarea casi imposible, ya que exige el análisis de tramas que no conviene anticipar. Prefiero por consiguiente un epílogo". De acuerdo; y ello hace recordar el desafortunado prólogo que Óscar Collazos hace a *La Tregua* de Mario Benedetti, en el cual —por descuido, ingenuidad, ostentación o egoísmo: habría que precisarlo—

GRUPO A



Tertulias Literarias

anticipa el episodio más importante de la novela, justamente aquello que Benedetti escondió con astucia para sorprender al lector.

Sin embargo, —y sólo a manera de ejercicio de síntesis general— aquí presento un prólogo para los 13 cuentos que componen *El libro de arena*. Es entonces necesario advertir a los lectores que no se han aproximado a esta obra que, si es su deseo llegar a la lectura sin ninguna idea, juicio o sugerencia predeterminada, es recomendable abstenerse de revisar estas líneas.

Para empezar, un juicio lapidario: *El libro de arena* no es lo que podríamos llamar una clásica recopilación de la cuentística borgiana; mucho falta del ingenio y la magistralidad de la estrategia narrativa que pueden entrecerse en los mejores relatos de *Ficciones* o *El Aleph*, así como también puede hablarse de carencia de la fluidez que es acierto en algunos de los cuentos de *El informe de Brodie*. Es decir que, a medio camino entre la prosa erudita ingeniosa y la sencillez narrativa, estos cuentos no son los llamados a integrar una antología de los relatos de Jorge Luis Borges Acevedo: porque si son complicados, no son magistrales ni reveladores ("El otro", "Undr", quizás "El Congreso" y "El espejo y la máscara"), y si son sencillos, no son ingeniosos ni sorprendentes ("Ulrica", "La noche de los dones", "Avelino Arredondo", "El disco").

Sobre "Ulrica" diré también que es una extraña pieza en la obra del argentino, debido a su tema sentimental. Sin embargo, creo que hay rudeza en el tratamiento de tal asunto (lo que no debe sorprender tratándose del misógino Borges): el tiempo de la narración es corto, y quizás por eso no hay posibilidad de desarrollar contundentemente el clima de la pasión.

De "There Are More Things" señalaré que es un cuento por fuera del estilo borgiano, acertadamente dedicado a H.P. Lovecraft; y es que en realidad parece un escrito de su pluma (en parte, por el tratamiento interplanetario que se da al objeto del suspenso). Sin embargo, la idea subyacente al misterio no es profunda, la atmósfera de pavor no se logra y el relato, en una primera lectura, desconcierta por parecer incompleto.

"La secta de los treinta" es, a mi juicio, uno de los mejores relatos de la serie; pero quizás en este juicio me deje llevar por mi natural amor hacia la herejía. En cierta forma, este cuento puede pensarse como un anexo de "Tres versiones de Judas", el magistral relato de la serie *Ficciones*. Y su acierto radica más en la propuesta de su contenido (novedosa y deliciosamente blasfema para nuestro medio amodorrado de catolicismo clásico) que en el desarrollo de un argumento propiamente dicho.

"Utopía de un hombre que está cansado", aunque incoherente e ininteligible en algunos pasajes, encuentra su valor en el contenido satírico. Sin embargo, de alguna forma el título disculpa cualquier orientación que asuma el argumento: se hace clara la intención de hacer ficción ante el desencanto del mundo contemporáneo. (¿Podría decirse, entonces, que es éste un ejemplo de la literatura de evasión?).

"El soborno", aunque se basa en la explotación de una idea elaborada, la estrategia de conocer al otro (de innegables connotaciones etnográficas, además), redundante en referencias eruditas no encaminadas hacia la ingeniosa complicación del argumento sino más bien hacia la ostentación.

"Avelino Arredondo" y "La noche de los dones" no creo que obedezcan a otra cosa que al deseo de contar una anécdota —lo cual, por supuesto, de ningún modo es censurable—; nada fantástico irrumpe en sus tramas. Por otro lado, estas dos piezas son sendas demostraciones de la pasión de Borges por las historias locales (pasión puesta en duda por algunos lectores a quienes ha encandilado el ambiente universalista de otros célebres relatos de este cuentista ciego).

"El libro de arena" es tal vez la pieza que más responde al estilo erudito clásico de Borges, y ello se comprobará al vislumbrar —ya desde el primer párrafo— cuál es el eje conductor del relato: la idea del infinito. Sin embargo, el cuento



GRUPO A



Tertulias Literarias

es modesto en sus proporciones, y si por un lado la erudición no es rebosante, por otro es casi evidente que la idea — un libro con páginas infinitas— no es explotada a fondo. Acaso el lector acaba esperando, en vano, la recitación de alguna enumeración caótica a propósito de tan demente colección de páginas.

Para finalizar diré que si en *El informe de Brodie* he creído ver afinidades íntimas y subterráneas entre la mayoría de los relatos, esta vez se me antoja que ese hilo secreto —esa delgada y unificadora costura— parece ser la repetida alusión a nombres, lugares, hechos y obras del ambiente del norte europeo (Escandinavia, Sajonia). Y es tan reiterativo en esto *El libro de arena* que es inevitable para el lector pensar en esa disposición de las cosas como una estrategia de Borges, como la ejecución arbitraria y predeterminada de un plan: de un plan que quizás no he comprendido en mi afán por hacer crítica fácil (¿acaso sería extraño esperar tan maliciosas deliberaciones en Jorge Luis Borges?)

El psicoanalista de Jorge Luis Borges

Por David González Torres

Tal vez, quien mejor nos enseñó —soterradamente— el delirio del escritor que espía al escritor fue aquel hombre nacido en 1899, en Buenos Aires. Era Jorge Luis Borges. Su psicoterapeuta -dicen- se llamaba Miguel Kohan Miller.

La afirmación de que Borges era un paranoico es un tanto arriesgada. Sus mitómanos no perdonarían la infamia y sus detractores la sumarían al desprecio de recordar su célebre frase que unía como sinónimos democracia, superstición y estadística.

Anotar en una biografía del autor de *Ficciones*, *El Aleph* o *El libro de Arena* ciertas obsesiones -complejos de inferioridad o de Edipo, celos fraternos de Norah Borges, dependencia de su madre Leonor o conducta narcisista defensiva- sería algo simplista (¿o apócrifo?). Porque si de verdad existía una obsesión para Borges, según se desprende de sus palabras y escritos, era única e irrenunciable.



Borges —y esto puede admitirse también como suposición- deseaba ser BORGES, con mayúsculas. Borges no quería que leyéramos sus libros, sino a Borges. Para ello, irremediamente, tuvo que espiarse a sí mismo. Ya en una de sus célebres sentencias puede resumirse su vida: “Siempre imaginé que el paraíso sería algún tipo de biblioteca”.

Así sea: un deseo hecho biografía, puesto que Borges, hijo de un abogado con expectativas frustradas de escritor, crió sus inquietudes bajo el bilingüismo (hablaba inglés y castellano). Aprendió francés, latín, alemán y, a lo largo de su vida, otros tantos idiomas. Enuncian sus biógrafos que a los 10 años tradujo a Oscar Wilde y, posteriormente, son codiciadas sus traducciones de Chesterton, Poe, Wolf, etc.

Borges, por tanto, suponemos que optó por una vida quiijotesca de vivir en los libros lo no vivido en su día a día. De nuevo rescatamos palabras de Jorge Luis Borges. Fueron pronunciadas en una conferencia de 1971, en Londres: “Yo tenía, de niño, tres espejos enormes en mi habitación, y sentía por ellos un miedo profundo porque (...) me veía a mi mismo triplicado, y tenía mucho

miedo al pensar que tal vez las tres formas comenzaran a moverse por su cuenta”.

Así, el sueño se hizo realidad. Borges primero vigiló a los clásicos en versión original, tradujo sus palabras y, finalmente, cuando el Borges lector se convirtió en escritor, un día el reconocimiento internacional le tocó en el hombro —aunque a su pesar no le otorgaran el Premio Nobel-. Renegó entonces de sus primeras obras y revisó concienzudamente sus múltiples reediciones.

Llegó, entonces a un espionaje de sí mismo inigualable. Incluso cuando sus ojos se apagaron a causa de una ceguera heredada de su padre, Borges seguía escuchando su Literatura bajo el cobijo de las lecturas de su madre y luego bajo la atención de su viuda María Kodama.

GRUPO A



Espiar, perfeccionar, espiar. El perfeccionismo aplicado a uno mismo es un defecto que los acérrimos de Borges lo extreman hacia la virtud. Por eso, quizás, el texto más indicativo de su peculiar delirio, en el que desde el propio título nos enseña qué postula, sea Borges y yo: “Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco menos en sus libros que en muchos otros o que en el laborioso rasgueo de una guitarra”.



Borges, el hombre, narra sobre Borges, el escritor. ¿Estilo u obsesión? ¿Originalidad o influencia cervantina? Difícil responder, puesto que la literatura de Borges es miniatura, juega con su propio juego, sueña lo soñado, incluye en la brevedad un universo o el infinito de todas las literaturas.

¿No sería que Borges, vigilante de sí mismo -“de un modo vanidoso”, como cita en Borges y yo- conocía sus propios límites? ¿Y no son los géneros el límite más óptimo para crear una sólida estructura narrativa?

Borges ocultaba a Borges bajo un sutil disfraz. El escritor argentino – además de la poesía y el ensayo- se universalizó por sus cuentos fantásticos, en los que introducía inalcanzable erudición: metafísica, matemáticas, filosofía... El género fantástico tiene algo de fronterizo, en el que a un lado y a otro, lo cotidiano y la posibilidad (o la locura) convergen. Borges nunca escribió una novela. Ese fue su límite. Su obsesión era otra. Porque a quién no le hubiera gustado contemplar a Borges en su infinita biblioteca. Y no releendo a los clásicos, sino revisando, por ejemplo, su texto Agosto, 25, 1983, en el que Borges entra en un hotel y se descubre a sí mismo, más viejo y a punto de suicidarse. Quizás la revisión de esta narración por parte de Borges –la escena en su biblioteca- fuera la mejor metáfora que describiría al escritor que se siente autovigilado: espiaba al Borges escritor, al Borges narrador de dicha historia, al otro Borges personaje que se suicidaba ante su propio yo, a los dos Borges que se soñaban...

¿Paranoia o genialidad? Imposible responder, quizás lo supiera Miguel Khoan Miller, psicoanalista que lo trató durante tres años, según detalla el amor imposible de Borges, Estela Castro, en su polémico libro Borges a contraluz. De esas sesiones se podría haber extraído muchas huellas de lo que posteriormente plasmó en su obra. Sin embargo, el secreto de que Borges se sometía a psicoterapia contrasta con otras afirmaciones.

“Muchos críticos se empeñan en que Borges era un obsesivo”, nos comentaba su viuda y albacea María Kodama a un grupo de periodistas recientemente. “Borges era muy lúcido, muy crítico. Corregía continuamente. Su obra nunca era definitiva”, decía Kodama.

Obras de Jorge Luis Borges nas Bibliotecas Municipais de Oleiros

Fontes:

[RTVE \(12 xuño 2011\)](#)

[Rabodeaji: revista de entretenimento literario](#)

[El País \(13 agosto 2011\)](#)

[Avión de papel TV](#)

Para saber máis:

[Realidad y fantasía en “El libro de arena”](#)

[Jorge Luis Borges: temas recurrentes y análisis de cuentos](#)

[Borges y la ciencia ficción](#)

[Jorge Luis Borges: el siglo que pasa](#)

[El pensamiento utópico de Borges y la filosofía del milenarismo](#)

[Blog Borges todo el año](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>